

Aproximación a la figura del conquistador en Rufino Blanco Fombona

Approximation to the figure of the conquistador in Rufino Blanco Fombona

Bustamante-Molina, José Alexander

Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana. Escuela de Letras.
Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

Correo: alexanderbustamante72@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-6928-8490>

Antequera Ortiz, José

Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana. Escuela de Letras.
Facultad de Humanidades y Educación. Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

Correo: joseantequeraortiz@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-5422-5604>

Resumen

La presencia del conquistador español en la configuración cultural de la sociedad novohispana, transversaliza como eje temático de la mentalidad americana junto con los otros componentes esenciales (el indígena y africano), la visión y comprensión del sí mismo de un mundo “nuevo” relatado y convertido en proceso literario, discurso de la historia y conciencia crítica. Rufino Blanco Fombona en sus *Ensayos históricos* aborda esa instancia fundamental de comprensión al darnos una semblanza un tanto ficcionada en la generalidad nocional de un temperamento, el del conquistador español, como un intento de obtener los rasgos psicológicos y sociológicos de este personaje de la historia y la literatura de la conquista. La conclusión de este intento nos presenta la imagen de un conquistador que se prolonga en la escritura de Blanco Fombona, como un motivo, un argumento y un destino en el que convergen la literariedad y los hechos de la historia.

Palabras clave: Conquistador español, Historia de las mentalidades, Literatura hispanoamericana del periodo colonial, Crónicas de Indias.

Abstract

The presence of the Spanish conquistador in the cultural configuration of the novo-Hispanic society, transverses as the thematic axis of the American mentality together with the other essential components (the indigenous and african), the vision and understanding of the self of a "new" world related and converted into a literary process, discourse of history and critical conscience. Rufino Blanco Fombona in his *Historical Essays* approaches this fundamental instance of compression by giving us a somewhat fictionalized semblance in the notional generality of a temperament, that of the Spanish conquistador, as an attempt to obtain the psychological and sociological traits of this character of the history and literature of the conquest. The conclusion of this attempt presents us with the image of a conquistador that is prolonged in the writing of Blanco Fombona, as a motif, an argument and a destiny in which literariness and the facts of history converge.

Keywords: Spanish Conqueror, History of mentalities, Spanish-American literature of the colonial period, Chronicles of the Indies.



I

Ese sujeto paradigmático, una suerte de personaje dionisiaco que zarpa en carabela a las costas de América, puede ofrecer un acercamiento a la ficcionalización de la figura del conquistador y, a la vez, plantear una visión de su complejidad histórica.

La Biblioteca Ayacucho edita en 1981 los *Ensayos históricos* de Rufino Blanco Fombona, donde se compila un extenso trabajo realizado en Madrid en 1921, intitulado “El conquistador español del siglo XVI”.

Blanco Fombona hace un gran esfuerzo por desempolvar en los legajos y cronicones de los siglos de la Conquista, las fuentes de la vida colonial, apenas un siglo después de la gesta emancipadora.

En esa constante búsqueda de las raíces de la mentalidad americana, el ensayo de Fombona configura una visión particular del *sujeto* que conquista y se instala en América. Esto lo hace en contrapunto con la tesis que argumenta la descalificación del colonizador español, que, si bien no deja de arrojar alguna razón discutible, no está por demás, para el historiador, proyectar un planteamiento mayor del hecho histórico concreto.

Con el estudio de Fombona, la visión se orienta más allá del dibujo y la caricatura escolar, donde siempre aparecerán las carabelas como una tonada renacentista apacible arribando a una playa caribeña, y el conquistador, con banderas y crucifijos (luego convertidos en espadas), saludando al indígena. *Día de la raza, Descubrimiento de América, Encuentro de dos mundos, Día de la resistencia indígena*, ofrecen cuatro visiones diferentes del estudio y la didáctica tradicional empleadas para relatar el equívoco de Colón y los primeros conquistadores.

II

Una doble intencionalidad permite una aproximación al hecho histórico. La primera, la revaloración del campo intelectual nacional mediante la obra de Rufino Blanco Fombona, uno de los escritores venezolanos más influyentes del siglo XX, hombre de carácter fuerte, de una ensayística polémica y completamente al margen de la historiografía literaria, como dice Rafael Angarita Arvelo (1948): “su literatura parece campo de batalla poblado de campo de triunfo, de desafíos épicos” (p. 93). La segunda hace de punto de

inflexión crítica para hacer un recorrido del periodo republicano al periodo colonial.

El ensayo es omniabarcante. La mirada reactualizada que nos ofrece Fombona del conquistador comienza por las configuraciones sociales y culturales de la España del siglo XVI. Lo que tradicionalmente luce como un pequeño conglomerado de monstruos, enmarcados en una lucha histórica entre Inglaterra y España, aparecen en Blanco Fombona (1981) como “simplemente españoles, aventureros del siglo XVI” (p. 7). Son estos la médula de España, con ambición de conquista, llenos de valor más que de ideas claras y precisas; poseyeron la virtud del heroísmo y el orgullo de emperadores. Ya advertía Picón Salas (1944) la grandilocuente perspectiva histórica de Rufino Blanco Fombona:

Como individualistas tremendamente liberales, como aquellos héroes hambrientos y de frenesí que puso de moda el decadentismo de fines de siglo pasado –XIX–, como ejemplares robustos de una humanidad que goza de su fuerza y parece haber roto las normas, describe el conquistador Rufino Blanco-Fombona en un libro brillante (p. 64).

De raza y carácter moldeados por la tradición

judeo-cristiana se muestra el conquistador español. Declara Rufino Blanco Fombona que la *religiosidad exaltada* muestra la carencia de un espíritu crítico moderno en el pueblo peninsular. Individualista es el conquistador que define Fombona; nunca pensó en regionalismos literarios ni en la conformación política independiente de los futuros Estados americanos. Es aventurero y aguerrido o, en determinados casos, un bandido¹, pero sobre todo poseedor de una cualidad especial, como la tuvo Cortés o Balboa, así como luego la tendrían como máximo atributo los héroes de la Independencia americana: la condición heroica personalísima, megalómana y atrabiliaria, en la mayoría de los casos.

En medio de este individualismo, donde no se pone la mirada más que en sí mismo, la conformación del conquistador es fundamentada por la razón del *ego*. El español se considera a sí mismo el centro del universo, y bajo este ánimo consigue el dominio de otros reinos y la posesión de otros territorios. Luego no pudo hallar un punto de coincidencia ni un entendimiento social con las colonias que había logrado constituir. Toda una configuración imperial sustentada en la conciencia medieval, donde “el mundo

de la razón y sus disciplinas se articula con otros mundos a través de la percepción y de la acción” (Briceño Guerrero, 1994, p. 104). Develando la subjetividad del mundo peninsular, Blanco Fombona define al español como un personaje particular y contradictorio, un ser estoico, fatalista y místico ante la adversidad y lo desconocido. No le interesa al español las culturas precoloniales, pero sí la tierra y la piedra preciosa. Tomaba posesión de todo en nombre de la Santa Cruz y vivía aterrado con la idea del Infierno.

La tradición judeo-cristiana se convierte en cultura directriz de la sociedad. El conquistador nace y desarrolla su personalidad en el ocaso de la Edad Media y en los albores del Renacimiento. Nunca antes se habían dado circunstancias tan coincidentes en un mismo momento histórico. Mientras la Edad Media declinaba, la sociedad española promovía el matrimonio entre moros y cristianos, siendo la religión el instrumento *político* de mayor influencia. Luego viene la expulsión de los moros y judíos, es tiempo de reconquista. Así se activa el Renacimiento en la mentalidad española, pero en el fondo la religión seguía dominándolo todo.

Asimismo, la ciencia moderna florecía en buena parte de Europa, menos en España; “la ciencia contemporánea no habla español” (p. 32), nos dice Blanco Fombona. Los españoles poco y nada contribuyeron a la ciencia, se moldearon a ver el mundo desde la perspectiva religiosa. El catolicismo fue el sistema civilizador para España, que producía entonces *obreros* para su servicio: apóstoles, misioneros y místicos, *conquistadores de almas*, escribe sarcásticamente Blanco Fombona.

La ignorancia y la superstición caracterizan al soldado español. Todo esto a las puertas de la visita a la corte, casi en tono de súplica, de un veneciano que quiso explorar –apoyado en la razón– la ruta marítima más corta para llegar a la India.

El conquistador que reconstruye Blanco Fombona, es un despiadado capaz de asesinar sin el menor escrúpulo, no le teme a la sangre, se muestra fatalista, “católico sui generis” (p. 39); es el don Juan Tenorio de Zorrilla, es un pícaro (en este perfil categórico del conquistador, el escritor hace un puente comparativo del carácter europeo que se trasladó a América: Gómez, Porfirio Díaz, Facundo, Quiroga, Boves, Antonio Nicolás Briceño, son nombres que dan muestra de ese

carácter). Blanco Fombona, define así la esencia festiva de Europa, la fiesta nacional de España es sangre y muerte; es “la persistencia en el sufrimiento colectivo como espectáculo” (p. 44). “Ni el coliseo, en Roma, presencié mayores crueldades” (p. 44), declara.

Como en Goya, para el español lo trágico es parte de la cotidianidad. El romancero está cargado de relatos violentos, como *La tierra de Alvargonzález*, de Antonio Machado, como la nota dramática de Nicolás Heredia. La expresión literaria, además, ya tiene una carga importante de violencia fundacional en la gesta heroica del Cid. El Renacimiento en España no fue tan intenso en las artes. Pero sí dio vida a Cervantes, totalmente realista, penetrando en la sociología de los personajes. Con *El Quijote* se salva la honra. Apunta Blanco Fombona que Shakespeare no hubiese podido crear a Hamlet con un príncipe español.

El conquistador había aprendido de la lucha con los árabes; esa fue su gran escuela. Nunca pensó que aplicaría la misma táctica de dominio del territorio ya no para expulsar sino para apropiarse de un continente. El español y el árabe lucharon por siglos, de manera que pelear contra caribes, mayas,

aztecas o incas no fue la gran diferencia. Blanco Fombona muestra la insensibilidad del español: *come jamón crudo, las casas no tienen calefacción, hay poca agua y poca sombra de árboles, no hay pájaros*. Declara que el español tiene un desamor por la naturaleza y las culturas diferentes; por eso es capaz de destruir templos y monumentos sagrados.

III

Pasemos al plano económico y administrativo. Para Blanco Fombona la familia real no sabía administrar; qué esperarse, entonces, del español venido a América. Esta negligencia administrativa, tiempo después no permitió que las riquezas de América convirtieran a España en la nación más poderosa de los Estados modernos.

Carlos V y Felipe II no fueron la excepción, estuvieron al frente en los días cruciales de la España imperial. Los recursos mineros fueron siempre mal administrados por las dinámicas fiscales del ostentoso y burocrático sistema colonial. Podríamos equiparar la abundancia de oro y plata de ese periodo con la Venezuela *saudita* del siglo XX y notaríamos que nuestra ineficiencia

administrativa es una herencia generacional. En el siglo XVI comienzan los grandes días de España. Un virrey llega a ser más poderoso e influyente que muchos monarcas europeos. Más de 1000 buques mercantes españoles navegan por los mares hasta entonces conocidos. A la par de este hecho, llega la unidad española: la España árabe, legataria de toda una herencia en cultura agrícola y alquimia, que sin embargo llega a presentar cierto decaimiento ante la salida de los moriscos.

Son desastres tras desastres y abruma la escasez, propiciando la entrada del comercio inglés. Nunca faltan los depredadores. La mala administración prosigue y se agudiza en el siglo XVII. No hubo una conciencia clara de la riqueza y del territorio que poseían. Felipe III, Felipe IV, la riqueza y la pobreza convivían en la cotidianeidad, muestra de esto se puede leer en alguna producción literaria del momento: la picaresca como retrato de época. España era un Estado lleno de riquezas, pero inmerso en la pobreza. En el otoño de 1630 no hubo dinero siquiera para las vacaciones de la familia real. Nadie poseía un maravedí, mientras en las calles se peleaba por un trozo de pan. No obstante, la única institución con opulencia era la Iglesia, pues,

como siempre, ha tenido buenos administradores hasta nuestros días.

España era vulnerable ante los países europeos. Los empleos comienzan a venderse hacia 1680. Nadie quiere emprender la agricultura. Luego llegarán a la península más de 60 mil franceses. Es al respecto, cuando Blanco Fombona sintetiza todo con las cinco excelencias del español que despuebla España: *fe, ignorancia, la guerra, la injusticia, favoritismo del gobierno e incapacidad administrativa*. Esta última es llevada allende el Atlántico, como era de esperarse, agregándole a esto la poca importancia dada al vasto continente americano.

Era esto la miopía del poder: “las colonias vivirán secuestradas. No tenían relación con el mundo” (p. 86). Las colonias y la metrópoli no tenían una comunicación eficiente, estaban todas desprovistas de los medios y los instrumentos de la época. Comienza entonces el contrabando, y los corsarios a saquear los buques españoles. Ahora España se encontraba tripulando unos cuarenta barcos. La ruina era inminente. Se considera a la España de los siglos XVII y XVIII dueña de las colonias, un imperio tan importante como a la altura del imperio romano. Luego

surgiría la poderosa Inglaterra. Vemos en este escenario a un conquistador lleno de contradicciones, que viene de un país rural, carente de industrias. Una nación hecha de personalidad religiosa y de raza casi inhumana.

IV

En la segunda parte del ensayo, Rufino Blanco Fombona deja atrás a la península y su estructura social y monárquica. Ahora pone la mirada sobre el español que se embarca hacia América. Nos preguntamos, qué méritos podrán obtener estos descubridores y conquistadores, y especialmente qué harían con el nuevo territorio: ensancharían sus propias posesiones terrestres, someterían a un continente entero.

Estos conquistadores venían de una lucha de varios siglos, una situación compleja como ya lo hemos señalado. Sin embargo, fue apenas un reducido grupo quien lidera la conquista y población de América. Soldados como Valdivia, Almagro o Pedro de Alvarado, rubios aventureros. Había solo un capitán letrado: Bernal Díaz del Castillo. Resalta el hecho de que los indígenas no habían tenido relación alguna con un pueblo

blanco, por tal motivo llegaron a confundirlos con seres superiores e incluso divinos.

En este punto del ensayo, Blanco Fombona lanza otra idea esencial para comprender al personaje conquistador: “buenos españoles, los conquistadores serán vanidosos y serios, despóticos y democráticos, individualistas y religiosos, corajudos y fatalitas” (p. 98), más guerreros que militares, añade.

Este individuo que llega al continente es contemporáneo del Renacimiento. En Europa resplandece el espíritu moderno. Cada país toma tradiciones culturales de su propio pasado durante el proceso creativo renacentista. Pero España no, porque ella tiene más tradición guerrera que cultural. En alguna medida, España continuó siendo parte de la Edad Media. En lo artístico, solo rescatemos a Cervantes y Velázquez.

En alguna medida el conquistador fue un genio heroico como el Quijote. El Renacimiento fue el mejor momento para la arquitectura. España era lo más diferente a lo que estaba sucediendo en el resto de Europa, por lo que deviene una sociedad diferente, ya encarnada en los navegantes del tercer viaje de Colón. Durante la conquista, basada en la diferencia social y en el desacuerdo, era imposible sustentar la estabilidad.

Después de los viajes de Colón –el primero, el de la hazaña mayor; el segundo, el de los valientes que fracasan; el tercero, el de quienes escapan de la península en busca de *fortuna*–, el español ibérico no tenía la menor idea de las riquezas ni del tamaño geográfico del nuevo continente. Insistía en buscar un tramo marítimo hacia las Indias. Los hombres que zarparon a América se forjaron como grandes figuras ya en pleno continente, en el contexto de otra realidad.

El conquistador realiza las mayores aventuras con mucha simplicidad, lo señala Arciniegas (1945) en su formidable *Biografía del Caribe*: “cuando soplaban poco viento, se tiraban al mar, y nadaban en torno al barco, como si venir a descubrir un mundo fuera cosa de vacaciones. Así es la juventud” (p. 29). Con semejante tranquilidad y como si fuese algo de todos los días, descubren el Pacífico, el Amazonas, el Orinoco, la gran cordillera andina; pero cuando se agotan las posibilidades, se inventan la búsqueda de El Dorado.

Para Blanco Fombona, el conquistador fue tan aventurero como ignorante. Con la excepción de Ercilla o Juan de Castellanos, entre otros, pocos letrados y poetas arribaron a América. Muchos no sabían siquiera

plasmarse su firma, como Pizarro. La inquisición mató toda curiosidad científica. Los avances científicos y tecnológicos estaban lejos de España, como la circulación de la sangre, el movimiento de la tierra, las leyes de gravedad o la imprenta. La corte española ignoraba las distancias reales y la magnitud de las Indias. Para esta era igual México o el Río de la Plata.

Resalta la *tercera gran conclusión* del ensayo, en donde se conjugan los defectos: “ignorancia, fanatismo, crueldad y carencia de sentido heroico. Fue el carácter o genio de la raza conquistadora” (p. 107). Los dioses de América caían bajo el oprobio de los frailes, los civilizadores; la destrucción fue ejecutada por los impulsos conquistadores de unos pocos señores feudales.

El desplazamiento de una cultura por otra, de unos modos de producción por otros bajo el signo de la fe católica: “la conquista rompió las bases de aquellas civilizaciones, implantación de una economía minera. Las minas exigían grandes desplazamientos de población y desarticulaban las unidades agrícolas comunitarias” (Galeano, 1971, p. 81). Luego Galeano hablará en su ensayo periodístico del saqueo, de la extracción sin medida de las riquezas. Y como la fe mueve

montañas, la Conquista surge como una obra de piedad. Se mataba por misericordia, se saqueaba por piedad. Fue toda una suerte cruzada desgraciada al modo español.

Recordemos que Colón tuvo el propósito de buscar riquezas para ir al rescate de Jerusalén. Luego esta idea fue olvidada. “Toma la Biblia, dame la tierra”, se escucha en la “Huelga de amores” del grupo de rock argentino Divididos. Fue de tal magnitud el caos de la conquista que se hace una legislatura especial: Las leyes de Indias.

Todo era un afán de conquista. El emperador azteca, “supersticioso y débil” (Blanco Fombona, 1981, p. 113), cree en hombres nuevos que vienen de donde nace el Sol. España queda al noreste, las coincidencias no carecían de lógica. Todorov (1987), citando a los cronistas, refiere que el indígena no se opone a los españoles porque los considera dioses: “los españoles ganan la guerra. Son indiscutiblemente superiores a los indios en la comunicación interhumana”, y agrega: “el silencio de los dioses pesó tanto en el campo europeo como en el de los indios” (p. 104). Ante la ventaja de la estrategia de comunicación, ante la viveza ibérica y la falta de malicia del indígena, el conquistador impuso su fe.

El dominio de la territorialidad se ejerce a partir de la palabra. A las ciudades fundadas se les daba el nombre del pueblo nativo del fundador o el nombre del santo de devoción: Córdoba, Pamplona, Cuenca, Medellín, Trujillo, Barcelona. Otras para el patriotismo religioso: Santiago, Concepción, Espíritu Santo, San Fe, Trinidad, Asunción, Los Ángeles, Santo Domingo, Santa Marta. Pura devoción, como acertadamente analiza Mignolo (1996): “Colonización es... una cuestión de apropiación territorial” (p. 18), y agrega: “Colón ocupa un lugar singular. Su lectura de las Indias occidentales es una apropiación territorial que se corresponde con la expansión territorial” (p. 21).

Ya desde el segundo viaje de Colón aparecen los clérigos con una misión civilizadora y de expansión territorial. Tendrán un papel fundamental en la conquista. Llega un momento en que los indígenas, en su mayoría, le toman igual odio tanto al conquistador como a los misioneros. El capellán está en la lista, nunca falta sobre todo para confesar a los moribundos para quitarles su herencia. Morir sin confesión era penalizado por las Leyes de Indias. A los árabes no se les permitió quedarse en España sin bautizarse. En *La Araucana*, Caupolicán

es mártir por dejarse bautizar.

V

Ganada la territorialidad, aparece la sed de oro, *la fiebre amarilla*, acuña Blanco Fombona. Aunque no fue lo único que se buscaba, también la plata, luego la papa, el cacao, el tomate, el maíz: el conuco más grande del mundo era América. Aún así la pobreza española nunca alcanzaba un término. En la nueva América, el conquistador se convierte en un personaje rico, empuñando la espada. El oro lo atormenta; es una adicción en constante crecimiento, sin límites.

En los Andes buscan la casa del sol, dorada como su nombre. No se trataba de una metáfora. Cortés hace demoler el mayor templo de México con la esperanza de encontrar oro en sus piedras. Tienen la convicción de que el oro está en todas partes. El Dorado es ya una necesidad. Nacen entonces leyendas cargadas de poesía. El oro que no es abundante en el mundo, ya tenía un valor superlativo en el hombre medieval. Se abre la codicia, se busca oro y metales preciosos, arrebatados o explotados: Zacatecas, San Luis, Isla de Margarita, Potosí.

El poder de la conquista se centra en la explotación y se descuidan rutas y valles como el de Caracas, el Magdalena, el Guayas, la Florida o Yucatán. Solo estaban habilitados dos o tres puertos. Surge pues la necesidad de replantear rutas y objetivos. Ante el previsible desmoronamiento colonial, Alonso Carrió de la Vandra escribe el primer manual del viajero suramericano: *El lazarillo de ciegos caminantes*, trazando la ruta de Montevideo a Potosí.

Solo le interesa al español llevarse los minerales valiosos. El sentido de pertenencia se divide; unos pocos solo desean llevarse todo, mientras otros se sienten utilizados. La gran empresa de la conquista convierte a esta pequeña élite en un grupo lleno de un singular heroísmo. Sin quererlo, son un tipo de héroes, oscuros desde nuestra perspectiva como americanos, y valientes ante la mirada peninsular.

Los españoles irrumpen directamente hacia adentro de tierra firme. Los ingleses, al contrario, dominan la costa y van avanzando de manera segura, mientras los españoles avanzan con descuido. Ante el avance con pocos hombres de los ibéricos europeos, los pueblos organizados del mundo indígena caían en pocos combates. En cambio, los

pueblos menos desarrollados alrededor de una organización central ofrecieron más resistencia, como los araucanos y los caribes. A estos últimos solo les faltó “un cantor épico, un Ercilla” (Blanco Fombona, 1981, p. 151). Comenta Linch (2001, p. 28) que la presencia del arcabuz y del fuego fueron determinantes. Cortés llega con 600 hombres, Pizarro con 168; “el español del siglo XVI no tenía ninguna duda que su tecnología era superior a la de los indios y, como instrumento de poder, evidentemente lo era (Linch, 2001, p. 32). Las armas de los mexicanos eran primitivas según los estándares europeos. No olvidemos los caballos; los aztecas pensaban que jinete y caballo eran un solo sujeto, tenían la tendencia de “luchar en masa en campo abierto [lo que] los hacía vulnerables a las armas de fuego” (Linch, 2001, p. 34). Los españoles ganan la lucha contra los nativos, fundan pueblos, desde Quito a Tucumán, desde Coro a otras regiones. Son individualistas, no desean una capital para celebrar sus aventuras, ni buscan descanso. Solo quieren oro en nombre de la Corona, quien agradecía la proeza de acuerdo al oro enviado en los galeones. *El dinamismo* fue fundamental para la conquista desde

California hasta Tierra del Fuego en muy corto plazo, poco menos de cinco décadas. Blanco Fombona lo escribe con asombro. Descubridor y conquistador pueden ser dos personas cara a cara o una sola. Singular dualidad.

Para el conquistador todo es desconocido, el clima, la tierra, la fauna, las enfermedades, el canibalismo. Aniquilaban a los indios como relata fray Pedro de Aguado. Las expediciones, ya no solo de los españoles, también de alemanes, marcaron grandes hazañas y aventuras. Son el motivo de muchos viajes y expediciones, caldo de cultivo para el turismo latinoamericano y para toda una corriente estética, la literatura de viajes.

VI

Los ibéricos que comenzaban a vivir en América iban sufriendo un cambio. Comenzaban a formar su propio ser americano. Las leyes eran letras muertas o vivas a conveniencia: *se acatan, pero no se cumplen*. Luego diríamos que *el papel lo aguanta todo*; o *hecha la ley, hecha la trampa*. Es un principio de jurisprudencia que también podríamos haber heredado de los conquistadores. Como toda conquista, la

crueledad y la envidia fueron invitadas, la primera dirigida sistemáticamente contra los indios; la segunda, luego distribuida generosamente entre ellos mismos. La conquista de Perú resultó arma de doble filo, españoles versus indios y españoles versus españoles.

Por un lado, el español se iba mimetizando al continente, y por el otro predominaba el género masculino y no los grupos familiares como en el caso de Norteamérica. La necesidad sexual se convirtió por tanto en abuso, pocas mujeres sobrevivieron, era inminente el mestizaje, ya por las buenas, ya por las malas. Las islas se despoblaban cuando llegaba el olor de los conquistadores, quienes destruían todo comenzando por la base social indígena. Aniquilaban primero a las familias, luego “Ciudades maravillosas como el Cuzco quedaron destruidas” (Blanco Fombona, 1981, p. 139), pero también destruyeron monumentos de la cultura nativa, como las viejas mezquitas andaluzas.

Vemos que el ensayo de Blanco Fombona se convierte en un juicio de valor acerca del español (y del europeo en general) del siglo XVI. Estamos de acuerdo que no debemos valorarlo desde el siglo XX, como Blanco Fombona lo hizo, o desde el XXI como en el

caso nuestro. Sin embargo, este perfil del *sujeto* que conquistó y colonizó ayuda a comprender en alguna medida la identidad americana, el *por qué somos como somos*: “existe en cada época una moral diferente” (Blanco Fombona, 1981, p. 146), cada época tiene lectores distintos, dice Octavio Paz, en el prólogo de su libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de fe*.

VII

Finalmente, ¿qué pasó cuando el cuerpo ya estaba agotado, cuando las avaricias coincidían y se repelían, y comenzaban a llegar más ibéricos? Sencillo: el Estado español tomó mano de las posesiones coloniales y las voluntades heroicas pasaron a un segundo plano. La denominada estabilización colonial tenía como premisa la tranquilidad, la paz. Las inmigraciones tenían el objetivo de enriquecerse pacíficamente, sin violencia ni rencillas entre españoles codiciosos. Fue otro punto de discordia, los antiguos guerreros veían con malos ojos a los recién llegados, como se ve en nuestros tiempos a los exiliados cuando vuelven a sus tierras después de años de dictaduras.

El conquistador español fue una dura raza que comenzó no solo a ser desplazada desde

el poder, sino que fue extinguiéndose. La desaparición se fue dando entre ellos mismos con sus luchas internas, contra los indios y enfrentado al gobierno español, como Lope de Aguirre en las afueras de Barquisimeto. Algunos pasaron a una vida de bajo perfil y de bajos ingresos. “Almagro muere asesinado jurídicamente, como Balboa, por sus compañeros los Pizarro” (Blanco Fombona, 1981, p. 148). Pizarro muere a estocadas en Perú, Valdivia cae enfrentando a los araucanos, otros mueren ahorcados por sus propios compañeros, otros ejecutados. Cortés muere de 62 años, en medio de turbulencias legales, “la edad media era de 27 años, y el 62% era completa o parcialmente analfabeta, muchos de ellos andaluces y extremeños. Solo uno de cada tres viviría para morir de causas naturales” (p. 31), dice Linch.

Décadas después, en el mundo de castas de la sociedad colonial, sería motivo de orgullo descender de los conquistadores, hasta que se cansaron de ellos mismos y comenzaron una nueva lucha interna llamada Independencia, pero esta es otra historia.

Quedaría el legado, que lo podemos ver cada vez que tenemos enfrente una casa colonial, como dice Arciniegas (1945): “de las tejas para abajo están los indios, de las tejas para arriba la república” (p. 130), una excelente imagen para deslindar el perfil *del conquistador español*, una manera expresiva de significar la historia relacionada con todas las manifestaciones culturales del continente. El episodio más traumático de la historia de América visto al detalle con sus protagonistas, y no a través de la institución colonizadora, la cual empalma el periodo mal llamado prehispánico con el republicano, permitiendo una mirada global y las razones de las producciones culturales posteriores y sus mutilaciones.

No se puede negar al indígena su papel estelar como elemento de identidad americana, pero tampoco se lo puede negar al conquistador. Sería negarnos a nosotros mismos, es como negar la gesta independentista. En la medida que se busque la unidad histórica, su comprensión, podremos salir del desasosiego moral y social que heredamos.

Notas:

1. El *bandido* fue un tipo popular y de prestigio en Andalucía, de donde vino con la mayor parte de los conquistadores.

Referencias:

Angarita Arvelo, Rafael (2006). Blanco Fombona, justicia en el tiempo. *Revista Nacional de la Cultura*, Número Antológico, Año LXVIII, N° 332, tomo I, 93-96 (tomado de RNC N°71, 1948).

Arciniegas, Germán (1945). *Biografía del Caribe*. Bogotá.

Arciniegas, Germán (1990). El lenguaje de las tejas. En *América, Tierra Firme y otros relatos* Caracas: Biblioteca Ayacucho, N° 158.

Blanco Fombona, Rufino (1981). *Ensayos históricos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Briceno Guerrero, José Manuel (1994). *El laberinto de los tres minotauros*, Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Galeano, Eduardo (1971). *Las venas abiertas de América Latina*: La Habana: Casa de las Américas.

Huizinga, Johan (1981). *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial. Título original: *Herbst des Mittelalters*.

Linch, John (2001). *América Latina, entre colonia y nación*. Madrid: Crítica.

Mignolo, Walter (1996). La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales). En *Lectura crítica de la literatura americana –inventarios, invenciones y revisiones–*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, Tomo I, N° 193, pp. 3-29.

Picón-Salas, Mariano (1944). *De la Conquista a la Independencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1944.

Todorov, Tzvetan (1987). *La conquista de América, el problema del otro*. México: Siglo XXI.

Autores:

José Alexander Bustamante-Molina: Profesor ordinario adscrito al Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana de la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades y Educación en la Universidad de Los Andes, ULA, Venezuela, en las áreas de Literatura Colonial, Literaturas Americanas Prehispánicas y Procesos Editoriales. TSU en Publicidad y Mercadeo (Instituto Universitario Jesús Enrique Losada, Táchira, Venezuela), Licenciado en Letras y Magíster en Literatura Iberoamericana (ULA). Realizó estudios doctorales en Comunicación en la Universidad Pompeu Fabra, UPF, Barcelona, España.

José Humberto Antequera Ortiz: Licenciado en Letras en Letras y Magíster en Literatura Iberoamericana por la Universidad de los Andes. Profesor Instructor a Dedicación Exclusiva de la Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras, Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana en las cátedras Seminario de Investigación, Literatura Hispanoamericana I (periodo colonial) y Literaturas Americanas Prehispánicas. Su línea actual de investigación se desarrolla alrededor de la cultura indígena y la formación de la mentalidad americana durante el periodo colonial.